



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 14 – ENERO DE 2009

“LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA Y SUS CONSECUENCIAS CULTURALES EN EL ÁMBITO LITERARIO”

AUTORÍA SILVIA GUARINO RIVAS
TEMÁTICA HISTORIA, FILOSOFÍA Y LITERATURA
ETAPA ESO Y BACHILLERATO

Resumen

Entre julio de 1936 y abril de 1939, España vivió uno de los episodios más trágicos de su historia, la Guerra Civil que supuso un enorme bache demográfico, económico y cultural y la desaparición de la mayor parte de los cuadros políticos, sindicales e intelectuales. Dentro de estos últimos, destaca en el ámbito literario, la figura de Federico García Lorca, asesinado en Granada en julio de 1936 a manos de fuerzas falangistas.

Palabras clave

Segunda República, guerra civil española, Franquismo, censura, literatura

1. LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

1.1.-ANTECEDENTES

Durante los meses de abril a junio de 1936, los extremismos de la derecha y de la izquierda se desataron. La izquierda creó un claro ambiente revolucionario -patente ya durante las elecciones- en el que los comunistas ganaban fuerza y afiliados, mientras que la UGT, cada vez más radicalizada, y la CNT no daban tregua al Gobierno con sus reivindicaciones. Las fuerzas de la derecha, sobre todo Falange Española y el Bloque Nacional, apelaban, en una postura radical y contrarrevolucionaria, a todos los medios para cortar los avances del marxismo. Dentro de este contexto, un grupo de generales preparaban desde febrero una actuación militar contra el Gobierno.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 14 – ENERO DE 2009

La lucha política en las Cortes, cada vez más enconada, llegaba a la calle, a las organizaciones políticas y a los cuarteles. El orden público era alterado por continuos enfrentamientos callejeros, en los que caían asesinados militantes de las distintas tendencias y la oleada de huelgas parecía incontrolada, mientras la revolución campesina procedía a la incautación de tierras. **Calvo Sotelo** denunciaba al Gobierno en las Cortes, mientras él mismo era acusado de provocar con sus protestas una intervención militar. Para prevenir esta posibilidad, el Gobierno alejó a los generales sospechosos: Mola fue enviado a Pamplona; **Franco**, a Canarias; Goded, a Baleares.

El asesinato (12 de julio) del teniente de la Guardia de Asalto Castillo, conocido hombre de izquierdas, fue inmediatamente seguido por el de Calvo Sotelo, llevado a cabo por unos guardias de Asalto. La muerte del líder de la derecha aceleró la intervención militar y el 17 de julio las tropas de la Comandancia de Melilla se sublevaron contra el Gobierno.

1.2. EL INICIO DE LA GUERRA

Desde el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, un grupo de generales y numerosos jefes y oficiales del Ejército comenzaron a tramar una insurrección armada contra el Gobierno del Frente Popular. Por lo que respecta a los generales, algunos eran monárquicos, como Orgaz, Saliquet, Fanjul y Goded; otros, como Várela, eran tradicionalistas; Queipo de Llano y Cabanellas eran republicanos; y otros, como Sanjurjo, Mola y Franco, carecían de filiación política determinada.

Como jefe de la sublevación se designó al general Sanjurjo, pero murió al estrellarse el avión que le traía a España desde Estoril (Portugal). El coordinador de toda la trama conspiradora era, desde Pamplona, el general Mola.

El 17 de julio se sublevaba la guarnición de Melilla y, al día siguiente, Franco volaba desde Canarias a Marruecos para ponerse al frente del Ejército de África. El 18 de julio, la sublevación se extendía por casi toda la Península con diversa suerte: el general Mola se imponía en Navarra con ayuda de los requetés; Queipo de Llano dominaba rápidamente las guarniciones de Sevilla, y Cabanellas triunfaba en Zaragoza; en Madrid y en Barcelona, los levantamientos dirigidos por Fanjul y por Goded, respectivamente, fueron pronto controlados por el Gobierno. El Gobierno de Casares Quiroga, que restó importancia a la sublevación, no supo reaccionar a tiempo y fue sustituido por el del republicano Giral, quien entregó armas a las milicias sindicales y a las de los partidos del Frente Popular.

Tras las primeras acciones del levantamiento, los sublevados controlaban Galicia, León, Castilla la Vieja, Navarra, gran parte de Aragón, , la Baja Andalucía, las islas Baleares y Canarias. La República seguía contando con el dominio en Madrid, en los grandes focos industriales, Cataluña y País Vasco-, en las cuencas mineras asturianas, en Santander y en las comarcas agrícolas de Valencia y Murcia. Una circunstancia determinante de estos primeros momentos la constituyó el paso del estrecho de Gibraltar por las tropas de África. La operación fue completada en los primeros días de agosto bajo el



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 14 – ENERO DE 2009

mando directo del general Franco, que contó con el apoyo de una escuadrilla de aviones trimotores enviados por Mussolini.

La presencia de la Legión y de los Regulares de África en la Península permitió controlar la Baja Andalucía y entrar en Badajoz (14 de agosto), abriendo así un amplio pasillo que comunicaba con Castilla la Vieja. Poco más tarde, las tropas de África entraban en contacto con las tropas que luchaban en el Norte a las órdenes de Mola.

1.3.- EVOLUCIÓN DE LA GUERRA Y LA POLÍTICA INTERNA EN LOS DOS BANDOS

Durante los primeros meses de la guerra, el objetivo de las tropas mandadas por Franco fue la toma de Madrid. Pero la resistencia de la capital hizo inútiles los ataques.

En el frente del Norte, los combates adquirieron extraordinaria dureza en muchas zonas. En octubre de 1937, las tropas de Franco lograban controlar todo el norte peninsular.

La ofensiva de las tropas de Franco hacia el Mediterráneo dividió el territorio republicano en dos partes en 1938. Poco después se produjo la batalla del Ebro, en la que ambos bandos sufrieron cuantiosas pérdidas.

En enero de 1939 se derrumbó la resistencia republicana en Cataluña y en marzo del mismo año capitulaba Madrid. El 1 de abril finalizaba la guerra.

La falta de organización durante los primeros meses de la guerra constituyó un grave problema en la zona republicana. El apoyo recibido del exterior fue menor que el recibido por el ejército dirigido por Franco, y la diversidad de opiniones entre las fuerzas políticas sobre la forma de conducir la guerra fue notoria.

El orden sin fisuras establecido en la España franquista y el apoyo recibido del exterior fueron las bases fundamentales para el triunfo de los sublevados

2.-CONSECUENCIAS CULTURALES DE LA GUERRA

2.1.-LA CULTURA EN ESPAÑA DURANTE LA SEGUNDA REPÚBLICA

Recordamos que durante la Segunda República encontraron su momento culminante casi todos los miembros de la *Generación del 98*. También en estos años alcanzaron notable éxito los poetas de la *Generación del 27* -Gerardo Diego, García Lorca, Alberti, Salinas, Aleixandre y Guillén-, a los que se puede vincular a una generación más amplia -la de 1931- que se hallaba en plena etapa creativa cuando se inició la guerra civil en 1936.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 14 – ENERO DE 2009

Los pensadores que dieron vida a la denominada *República de intelectuales* -Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Marañón, Sánchez Albornoz, Azaña- aumentaron su participación en la vida pública. Desde la «Revista de Occidente», que había fundado Ortega y Gasset en 1923, se difundió lo más importante de la filosofía y la ciencia europeas de la época. Otras figuras destacadas de este período fueron Américo Castro, Eugenio D'Ors y Salvador de Madariaga. El papel de divulgación cultural que protagonizó el Ateneo de Madrid y los cursos impartidos en Santander en la Universidad Menéndez y Pelayo son ejemplos destacados de la renovación intelectual que se produjo.

La etapa republicana fue también una época de grandes maestros universitarios -Blas Cabrera, Duperier, Menéndez Pidal, García Morente, Zubiri, Gómez Moreno-, de cuyo saber y magisterio se ha nutrido nuestra cultura contemporánea.

La supresión de las escuelas confesionales creó un gravísimo problema de escolarización y obligó a los gobiernos del primer bienio republicano a un importante esfuerzo de creación de escuelas. Así, en el primer año de la República, bajo la dirección de Marcelino Domingo se construyeron 7.000 escuelas, que se elevaron hasta 13.500 durante la etapa ministerial de Fernando de los Ríos.

La prensa alcanzó un notable desarrollo, en el que se reflejaba un deseo de renovación cultural y una creciente afirmación ideológica. En Madrid hubo 18 diarios y 15 en Barcelona, calculándose en cerca de tres millones de periódicos la tirada diaria. Diarios como «El Sol», «El Debate» y «ABC», y las publicaciones de las organizaciones políticas y sindicales -«El Socialista», «Solidaridad Obrera»- alcanzaron una importante difusión. Entre las revistas de la época destacan «Cruz y raya», «Leviathan», «Octubre» y «Ahora».

La labor de extensión cultural en los ambientes populares se realizó por medio de diversas iniciativas e instituciones: creación de las *Misiones Pedagógicas* y de las *Universidades Populares* y desarrollo del teatro estudiantil itinerante (*La Barraca*, dirigido por García Lorca, y *El Búho*, dirigido por Max Aub).

Por otra parte, la extraordinaria importancia que adquirieron las ferias del libro -que fueron un verdadero escaparate del auge de la cultura-, el mundo del teatro, el cine y las publicaciones satíricas y de novela popular completan este panorama de desarrollo cultural.

Como no podía ser de otra forma, la vida intelectual de la España contemporánea se vio trágicamente truncada por la Guerra Civil. Algunos intelectuales murieron —unos, como Ramiro de Maeztu o Federico García Lorca, fusilados; otros, como Miguel Hernández, en la cárcel—. La mayor parte de los que pudieron salvar su vida emprendieron el duro camino del exilio, como el propio Ortega, María Zambrano, José Gaos, José Ferrater Mora...; una lista casi interminable, pues la intelectualidad era mayoritariamente republicana.

2.2.- LA POSGUERRA EN EL ÁMBITO LITERARIO



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 14 – ENERO DE 2009

La posguerra española es el fruto de la victoria militar de un grupo, encabezado por el ejército, la Iglesia y las capas privilegiadas, sobre el resto de las opciones políticas. Este triunfo supuso una regresión para nuestra cultura. Representó el final de la riqueza y variedad creadas durante el periodo de la restauración y la segunda república.

En 1939 se vio forzada al exilio una parte considerable de nuestra intelectualidad, que el Equipo Reseña cifra en el 80 %. El hueco dejado por la España peregrina (profesores, escritores, periodistas afectos a la causa republicana) fue cubierto por el falangismo militante y por el catolicismo más reaccionario. Las cátedras de filosofía fueron ocupadas por neoescolásticos; la filología y la historia se pusieron al servicio de la vocación imperial del nuevo régimen; las ciencias positivas retrocedieron décadas y se subordinaron a las directrices de la Iglesia y sus acólitos. No le falta *razón* a José Luis Abellán cuando diagnostica que «la situación cultural de España en el periodo inmediato a la guerra civil, y como consecuencia de la misma, fue la de un auténtico páramo intelectual».

A los que se fueron hay que añadir los que se quedaron, pero perdieron la voz y la palabra por miedo a las represalias, por el hostigamiento oficial u oficioso o sencillamente por cansancio y aburrimiento. El exilio interior estuvo formado por intelectuales que llegaron a la conclusión, espontánea o inducida, de que eran y debían ser convidados de piedra en un estado autocrático regido por el derecho de conquista .

Claro está que la realidad es muy rebelde y, a pesar de todas las mordazas, la cultura acabó por resurgir de las cenizas bélicas. La historia de nuestra posguerra es en buena medida el relato de las paulatinas cesiones que hubo de hacer el franquismo, sus aperturas forzadas por las circunstancias y los intentos reaccionarios de volver al control férreo de los medios de comunicación: prensa, cine, radio y televisión, pero también teatro, literatura y artes plásticas. No faltaron conflictos y disidencias menores dentro del régimen. Franco había unificado, *manu militan*, el conservadurismo católico, el requeté tradicionalista y la Falange, retóricamente sindicalista y revolucionaria. No puede extrañar que surgieran fricciones y ocasionales choques. Es célebre el caso de *La fiel infantería* del falangista Rafael García Serrano, que sufrió los rigores de la censura eclesiástica.

Para que todo siguiera igual, el franquismo tuvo que ir cambiando de piel, tanto en la política económica como en la cultural. Hay varios momentos de «deshielo» —para usar la metáfora elegida por Abellán—, varios estadios en los que la presión se suaviza. En los años cuarenta aspira a una cultura dirigida. El estado se considera legitimado por la victoria militar para ordenar cómo han de ser los libros, los espectáculos, la filosofía y las artes plásticas de la nueva era. Emite consignas de cumplimiento obligatorio, promueve creadores y creaciones... En la década de los cincuenta tiene que conformarse



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 14 – ENERO DE 2009

con una cultura controlada. La iniciativa queda en manos de los grupos próximos al régimen e incluso de opositores. La censura se encarga de limitar las libertades de pensamiento y creación. En los años sesenta ha de aflojar algo más la rienda y mantener una cultura amenazada por leyes que dejan amplia discrecionalidad al gobierno, y por tribunales especiales.

La cultura recorre un camino erizado de dificultades para recuperar la libertad y el vigor perdidos a raíz de la guerra civil.

La doble censura gubernativa y eclesiástica, no siempre coincidentes pero sí complementarias en su aspiración de cercenar la libertad creadora, condicionan toda la literatura de posguerra. Establecerlas fue una de las primeras tareas del régimen. La ley de 22 de abril de 1938 fija las normas de censura previa obligatoria para periódicos, revistas, libros, folletos, radio, cine, teatro y otros espectáculos. La finalidad es tutelar la cultura e impedir que la libertad de expresión desemboque «en aquel libertinaje democrático, por virtud del cual pudo discutirse a la Patria y al Estado y atentar contra ellos». Esta legislación de guerra estuvo vigente hasta 1966, sin que el gobierno sintiera la conveniencia de modificarla, aunque sí fue relajando su aplicación.

En un primer momento (de 1939 a 1946) el censor podía prohibir cualquier obra que manifestara la menor discrepancia con la doctrina de la Iglesia, que criticara «a la ideología o práctica del régimen», que chocara con los «supuestos de la historiografía nacionalista», que hiciera apología de «ideologías no autoritarias o marxistas» o que, en opinión del censor, atentara contra la moral pública. Pero, además, esta potestad gubernativa era un eficaz medio de represalia, ya que podía prohibir cualquier obra, por inocua que fuera, «de autor hostil al régimen».

Con estos poderes prácticamente omnímodos, la censura fue una espada de Damocles que podía cercenar cualquier proyecto periodístico, editorial, cinematográfico o teatral, llevar a la ruina a un empresario y condenar al ostracismo a todo autor disidente. En años posteriores se aplicó con más suavidad; pero dura o blanda, poderosa o tímida, la censura franquista fue siempre arbitraria y actuó en realidad como un órgano al servicio de la estrategia política de cada momento.

No puede negarse que para el régimen franquista la cultura, la literatura, el libro... estuvieron siempre bajo sospecha. Las leyes censoras no afectaron sólo a la creación intelectual, sino también de forma muy directa a la industria editorial. Importaba, sin duda, lo que escribían los autores, pero importaban mucho más las posibilidades de comunicación con el público.

En los años cuarenta, las limitaciones gubernativas se unieron a la penuria generalizada, la falta de papel, la difícil renovación de la maquinaria, el bajísimo consumo. Indicio de esta situación es el hecho de que la más popular colección de la época, la «Austral», nació, como indica su nombre, en Buenos Aires en 1938 de la mano de José Ortega y Gasset. Como en otros terrenos, hasta los años cincuenta no se recuperó el nivel de producción anterior a la guerra.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 14 – ENERO DE 2009

Para desmentir propagandísticamente su inquina a la literatura, el régimen promovió en sus primeros años diversas iniciativas. La voz cantante la llevó el sector falangista, en cuyo núcleo hubo siempre un importante grupo de poetas y escritores: Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, Pedro Laín Entralgo, Agustín de Foxá... La delegación nacional de propaganda, en la que tuvo un destacado papel Juan Aparicio, fue la encargada de promover las iniciativas culturales. De ahí surgió la revista *Garcilaso*, que aglutinó a los poetas neoclásicos. Se lanzaron ediciones de autores afectos al régimen como Manuel Machado, y se alentó la novela tremendista.

Otro medio de estimular la creatividad y decantarla fue la multiplicación de premios literarios. En medio de la escasa producción editorial, era una vía para ilusionar a escritores noveles. El primer premio de novela que arraigó y se proyectó hasta nuestros días fue el Nadal (1944).

El incipiente desarrollo de los años cincuenta permitió que en poco tiempo creciera el número de títulos y ejemplares publicados. Proceso que se consolida en los sesenta hasta sextuplicar el volumen de títulos de antes de la guerra en 1970, con cerca de veinte mil, y más de ciento setenta millones de ejemplares. Al acabar el periodo que nos ocupa, el número de títulos se acerca a los veinticinco mil, y el de ejemplares a los doscientos cincuenta millones.

Al lado de la literatura con pretensiones, se desarrolló en la posguerra una amplia subliteratura que pobló las fantasías de las nuevas masas de lectores: tebeos, novelas del oeste, novelas rosas, fotonovelas, seriales radiofónicos... Estos géneros han dado algunos nombres que por su fecundidad y acierto al ceñirse a las expectativas de los lectores, se han hecho célebres: José Mallorquín (autor de la serie del *Coyote*), Marcial Lafuente Estefanía (también cultivador de la novela del oeste), Basilio Gassent y Eduardo Vázquez (creadores de radionovelas). Corín Tellado, la más célebre autora de novelas eróticas y sentimentales... .

A la literatura popular y masiva hay que ligar también la canción popular. En los años cuarenta y cincuenta domina el panorama la tonadilla folclórica, especialmente las piezas y espectáculos debidos a Quintero, León y Quiroga. En los sesenta, los cantautores trasladan y vulgarizan las ideas de la literatura social y comprometida entre las masas. Paco Ibáñez, Luis Eduardo Aute, Joan Manuel Serrat son artífices de esta exitosa forma de poesía popular, con su mensaje, sus ripios y su ternura cotidiana.

La literatura mayor ha constituido un producto para minorías. A las trabas de la censura se ha unido su empeño en tratar asuntos poco agradables, que abruma al lector medio, y las técnicas y el lenguaje empleados, que dificultan el acceso de un público mayoritario. Incluso la de intención social se ha mantenido en círculos proporcionalmente muy reducidos.

El teatro, la forma tradicional de literatura masiva, ha sufrido una honda crisis. Se han roto los vínculos que unían a dramaturgos, compañías y público hasta la guerra civil. Muchas causas explican este fenómeno: la censura, el seiscientos y, con él, el turismo dominguero, la competencia del cine, la disociación entre el teatro comercial, despreciado por los intelectuales, y el experimental y subversivo, ignorado por el común de los espectadores... Al final del periodo se llegó a tener un público sin teatro



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 14 – ENERO DE 2009

(jirones de las clases acomodadas que acudían a ver piezas anquilosadas y chabacanas) y un teatro sin público (obras presuntamente innovadoras escritas y representadas para minorías insignificantes).

En suma, en los casi cuarenta años de franquismo creció el público potencial (mayor número de alfabetos, mayor poder adquisitivo) y el público real en números absolutos (con la más que probable excepción del teatro); pero bajó el peso relativo de consumidores de literatura mayor en la sociedad. La radio, el cine y la televisión (a partir de 1956) absorbieron esas masas que la literatura había alejado de sí a fuerza de mensajes político-sociales y de experimentos estructurales y lingüísticos.

3.-BIBLIOGRAFÍA

- Beneyto (1975): *Censura y política en los escritores españoles*. Barcelona: Euros.
- Equipo Reseña (1977): *La cultura española durante el franquismo*. Bilbao: Mensajero.
- Fontana, J. (1986): *España bajo el franquismo*. Madrid: Crítica
- Tamames, R. (1988): *La República. La Era de Franco*. Barcelona: Alianza Universidad
- Abellán, J.L. (1971): *La cultura en España: ensayo para un diagnóstico*. Madrid: Cuadernos para el diálogo.

Autoría

- Nombre y Apellidos: Silvia Guarino Rivas
- Centro, localidad, provincia: Cádiz
- E-mail: silviaguarinorivas@yahoo.es